Un espíritu excepcional

Gabriel Zaid

La aparición de Octavio Paz en la cultura mexicana ha sido un milagro, que la subió de nivel en una sola vida, como esos árboles que de pronto empiezan a echar ramas y a crecer más allá de lo esperado, hasta cambiar el paisaje mismo, del cual se vuelven símbolos.

No es la primera vez que sucede. Ni Nezahualcóyotl ni Sor Juana eran cuerpos extraños en la cultura náhuatl o novohispana, sino, por el contrario, expresión intensa de su desarrollo. Tan intensa que lo rebasaba, y parecía llevarlo peligrosamente no se sabe a dónde. Tan intensa que algunos se inquietaban, y llegaban a resentirlo y a tratarlos como cuerpos extraños, cuando todo lo que pasaba es que hacían avanzar la cultura hasta un nivel milagroso, hasta una marca demasiado alta, difícil de igualar.

Octavio Paz nos hizo interesarnos en cosas cuyo interés nunca habíamos visto. Y lo hizo, no sacándole brillo de expositor a esto o aquello, sino alentando nuestra sensibilidad. Zonas desconocidas de la inteligencia, de la sensibilidad, se vuelven necesarias para el lector de Paz. De ahí gran parte de la fascinación de su lenguaje: nos aviva todas las facultades, nos hace poner todo lo que somos en la cuestión, nos pone totalmente en cuestión. Para Paz el lenguaje es total ejercicio del ser. Y esto no es una prédica, es un hecho vivo y comunicado a través de su obra, es la única manera posible de leerla. Leer a Paz es ejercer con toda la inteligencia, con toda la imaginación, con toda la sensibilidad. A partir de ahí se puede disentir, negar o seguir por otro rumbo, pero sería inocente no ver en esa lectura el origen de esos movimientos.

Ahora no comprendo por qué no comprendía *El laberinto de la soledad*, cuando lo leí a los 16 años. No podía dejarlo, continuaba leyendo, aunque me rebasaba, como una canción en otra lengua, que gusta mucho, aunque no se entienda bien. Quizá eran los temas, el vocabulario, la forma de construir las frases, que me llamaban la atención y me atraían, pero no podía seguir plenamente.

No es fácil recordar la primera experiencia de un arte nuevo, cuando se ha vuelto canónico. Cuesta trabajo imaginarse qué escucharían los ofendidos por una pieza musical, unos versos, ciertas ideas, que hoy parecen normales. O el atractivo de la extrañeza, en la primera revelación de un mundo diferente.

Cinco años después, llegó a Monterrey el primer número de la *Revista Mexicana de Literatura*, que abría con un poema recién escrito por Octavio Paz: "El cántaro roto". Salí de la librería, y empecé a leerlo caminando, hasta que me detuve. Creí tener un mareo porque estrenaba anteojos y leía en movimiento, pero no: era el poema que se me subía a la cabeza. Me apoyé en un poste, para seguir leyendo, hasta que recordé un café cercano, a donde fui a sentarme. ¿Qué era aquella cohetería fascinante de imágenes e ideas? Lo leía y releía con deslumbramiento, borracho de palabras.

La enumeración delirante, los versículos fluidos entre el verso y la prosa, el largo aliento de la inspiración y la respiración, el manantial de visiones, metáforas, reflexiones, invocaciones, conjuros, tenían algo de ensalmo mágico y de mural surrealista. Pero no eran abracadabras sin sentido. Las piedras enormes que estallan bajo el sol, entre cactus y huizaches, pueden verse en el campo y en los cuadros de José María Velasco. La rabia verde y fría, con su cola de navajas y vidrio cortado, se pasea por las oficinas. Era la fluidez entre el sueño y la realidad, en unos versos que efectuaban lo mismo que pedían y comunicaban la experiencia poética, moral y hasta política de extrañeza y reconciliación con lo otro: la realidad transfigurada en sueño, el sueño en realidad.

Ese mismo año de 1955, Octavio Paz respondía a André Breton un cuestionario sobre el arte mágico, y hablaba de conmoción, vértigo, fascinación, deseo de penetrar lo que sacude nuestras certidumbres, en un salto mortal que llegue a la otra orilla. Todo lo cual estaba en el bebedizo de aquel cántaro roto, que trastornaba a su lector.

La inspiración y el amor no son temas nuevos en la cultura occidental, pero es raro que entre la gente culta y de cierta edad se tomen en serio; más raro aún, que pasen de ser temas a ser vividos; y todavía más raro que sean correspondidos. Para algunos, creer en eso es como inmadurez. Para otros, es discurso. Pe-

ro Octavio Paz fue siempre y ante todo poeta. Creía en el oficio y la cultura, pero sabía que algo más importante los rebasa. Además, para su buena suerte, y la nuestra, tampoco fue como los desdichados que tienen un gran amor a la poesía mal correspondido. La inspiración lo zarandeaba y lo hacía decir cosas que lo rebasaban, y por las cuales se dejaba llevar como por vientos favorables (o que se volvían favorables porque sabía cómo sí y cómo no dejarse llevar). Sus poemas y ensayos son inspirados y no se pueden explicar ni por su oficio ni por su cultura, sino como milagros. Como si fuera poco, también tuvo la suerte de vivir un largo amor correspondido.

¿Cómo compaginar la inspiración y el amor con su vastísima cultura? Parecen mundos divergentes: la sensibilidad y creatividad de los poetas, la curiosidad y el análisis de los especialistas. Pero en Octavio Paz ambos mundos se comunicaban y se enriquecían, en los más diversos temas literarios, artísticos, culturales, históricos, sociales, políticos. Siempre estaba aprendiendo, replanteando, creando. Para mí, que leí todo lo suyo durante casi medio siglo, fue maravilloso ver cuántas cosas nuevas dijo todavía en su último libro (*La llama doble*); y lo más increíble de todo: cuánto había leído y aprendido después de los setenta años.

No es lo mismo escribir en un país que se da por hecho, en una cultura habitable sin la menor duda, en un proyecto de vida que puede acomodarse a inserciones sociales establecidas, sintiendo que la creación es parte de una carrera especializada; que escribir sintiendo la urgencia de crearlo o recrearlo todo: el lenguaje, la cultura, la vida, la propia inserción en la construcción nacional, todo lo que puede ser obra en el más amplio sentido creador. Las tentativas prometeicas de Vasconcelos, Reyes, Paz, más que una desmesura individual (abarcar muchas cosas que en otras partes son obra de especialistas), parecen cumplir una necesidad histórica, una urgencia nacional de la cual se sienten responsables: apoderase de toda la cultura, expropiarla, recrearla, modificarla, hacerla nuestra en forma viva; ser sujetos actuantes, no sólo contemplados, de la cultura universal.

Desde la perspectiva departamental que impone la burocracia académica (especialidades, poderes, presupuestos) o desde la perspectiva inglesa actual de lo que debe ser la carrera de un poeta, no es fácil entender la obra de Octavio Paz. ¿A qué departamento corresponde? Su trayectoria adquiere claridad bajo un perfil romántico: nuestra emancipación cultural. Su obra es de una ambición desmesurada para las perspectivas jurisdiccionales; anacrónica para los ingleses que sienten que la cultura inglesa ya es simple y sencillamente cultura; pero ineludible y central, como una deuda histórica, para la cultura mexicana.

Toda la obra de Octavio Paz es obra de fundador. Repetidamente en la poesía, donde una y otra vez ha rebasado sus propias fundaciones anteriores y ha abierto caminos más allá de nuestras fronteras, y aun más allá de nuestra lengua. Pero, además, su crítica, que partió del fenómeno literario, que ha estado siempre preocupada por el problema nacional, se ha ido extendiendo hasta volverse nada menos que una crítica de la cultura occidental.

¿Dónde está el poeta occidental, de cualquier lengua, capaz de escribir *Los hijos del limo*? Se trata de una visión crítica del conjunto de la poesía occidental desde el romanticismo, que no sólo toma en cuenta el movimiento poético en las distintas lenguas sino que establece como fondo de contraste lo no occidental. ¿Quién sería capaz de entroncar ese análisis con la modernidad en todos sus sentidos culturales, sociales y políticos? Ya no se diga referirlo al problema concreto, nacional, de cómo modernizarnos.

Tuvo siempre el sentido de la polis. Se sintió responsable, no sólo de su casa, sino de esa casa común que es la calle y la plaza pública. Le parecía inconcebible no intervenir cuando sentía que el país o el mundo iban mal, o desaprovechaban oportunidades de mejorar. Sus planteamientos rompían los esquemas de la política inmediata y remontaban las cuestiones a niveles desacostumbrados: los de un estadista fuera del Estado, los de un estadista ciudadano que no perdía de vista la perspectiva histórica, ni el sentido último de construir la casa común.

Su autenticidad llegó a extremos heroicos, porque no dudó en exponerse al desprestigio en los medios culturales, cuando sus convicciones lo llevaron a posiciones que no le convenían. Pero se interesaba en las cuestiones mismas, por encima del me conviene o no me conviene. Tuvo el honor de ser quemado en efigie por una turba prosandinista, pero no se fue de la plaza pública, ni del país como lo deseaban los fanáticos que tomaban la calle y los tibios metidos en su casa, que no entendían por qué no se callaba. Se quedó a discutir combativamente, y afortunadamente en muchas cosas tuvo la satisfacción de que la historia le diera la razón.

Tuvimos la suerte de convivir con un espíritu excepcional. La seguimos teniendo, porque su obra y su ejemplo están con nosotros. Que haya puesto una marca demasiado alta no debe desanimarnos, sino acompañarnos, dándonos confianza en que los milagros son posibles.